

VERSOS A CLARA

Roberto Mascodagama



Capítulo 1

Versos a Clara.

Llueve. Apoyo mi cabeza contra el cristal. Tú no estás, tú nunca estás. Me pregunto cómo hemos llegado a esta situación, por qué dejamos que nos pasara esto.

Pero yo te quiero Clara, cuando inspiro. Y la lluvia sigue cayendo, en la calle, sobre los tejados, en nuestra ventana. Las gotas que se deslizan por el cristal traspasan su sombra a mi rostro. Son sombras de agua que corren por mi frente, por mi nariz, por mis mejillas, dejando lágrimas oscuras que no mojan ni sienten.

No importa lo que diga ese estúpido psicólogo. Olvidemos sus terapias, su jerga y sus doctrinas. Nunca debimos permitir que un extraño se inmiscuyese en nuestra vida, en nuestros recuerdos. Nunca. Nadie que rebuscara entre nuestras sensaciones, nadie que husmeara por nuestras caricias. Aún estamos a tiempo de salvarlo. Y quiero intentarlo porque yo te quiero Clara, cuando expiro.

El tiempo no mata el amor, lo transforma. El tiempo no mata la pasión, la recata pudorosamente. Y nos hablan de monotonía... ¿qué monotonía? Y nos dicen de rutina... ¿qué rutina? No existe monotonía en lo que hacemos, sólo un mismo camino por donde transitar. No hay rutina en lo que sentimos, sólo las mismas caricias, el mismo verso que se repite al comienzo de la estrofa. Nos cuentan que debemos cuidar las pequeñas cosas cotidianas, pero no entienden que nada es pequeño en nuestra cotidianidad sino grande, muy grande. Tan grande que no lo pueden ver y nunca lo verán. Como nunca entenderán que el mar no es monótono ni rutinario. Sólo hace lo que tiene que hacer, lo que es mejor hacer. Sus olas se repiten una y otra vez, pero nunca te cansas de mirarlas, porque cada una aunque igual es muy diferente a las demás. Cada una sabe que yo te quiero, cuando respiro.

Voy a intentarlo de nuevo, pero ahora lo haré a mi manera. Lucharé por nosotros, ¿me oyes?, y lo haré como lo hacían nuestros abuelos: con susurros, con poesía. Esparciré versos por nuestra habitación, por la cocina, por el salón. Versos que lloverán por tu ropa, mojándote dentro, muy adentro. Versos con besos suspendidos en el aroma de nuestra casa. Emanarán en pequeñas dosis, no más de uno por papel y día, pues a cada verso hay que dejarlo reposar, hay que concederle tiempo para que

fermente y haga efecto.

Sigue lloviendo, en la calle, en los tejados, en nuestra ventana. Y yo tengo toda la tarde para pensar en tu verso de mañana. Nace a última hora, sigilosamente, tras contracciones de amor, envuelto entre las tundras del pensamiento. Lo rescato y lo traigo a la luz. Y éste me dice: "En tu cadera anidó la alondra". Anónimamente lo escribo justo en el medio de la hoja. Y allí se queda, flotando apaciguadamente entre la blancura de lo que todavía no está escrito ni dicho. Ahora doblo el papel por su mitad y así cuando lo abras, abrirás mi verso que es también el tuyo.

Pronto llegarás, me lo cuenta la lluvia que ha dejado de caer. Cenaremos y nos acostaremos sin más, a esperar al nuevo día que llega sin aviso, mientras duermes, mientras me afeito para trabajar. Antes de salir coloco el verso a tus pies, para que no pises frío al levantarte. Y salgo cuando aún hay noche en nuestra casa. Y pienso en la alondra, en tu cadera y pienso en que te quiero Clara, cuando parpadeo. Imagino tu cara al leerlo, icómo me gustaría estar ahí! Tómallo despacio, en pequeños sorbos, cuando aún esté caliente. Pero recuerda que tan sólo se trata de la primera toma, el tratamiento es lento y continuado, durará al menos dos semanas más. Las dos semanas que completarán este soneto de lluvia.

Hoy nacerá tu nuevo verso, y vendrá cuando quiera venir, yo estaré atento al susurro y lo cogeré así, al vuelo. Estoy pensando que no quiero quererte con el corazón.

Eso es muy fácil, cualquier tonto puede hacerlo. Por eso te quiero con mis pulmones, con mis vesículas, con mis arterias, por eso te quiero hasta con mis intestinos. Y mientras te quiero escucho tu verso que temprano llama, viene a media mañana como el pan, y otra vez lo escribo en la mitad del papel para que tú lo abras: "Entre tus piernas subió el zarzal".

Lo visto con sobre y sello. No añadido ningún remitente, no lo necesita. El correo será mi celestino por esta vez. Un cartero mi fiel mensajero que cabalgará por calles y avenidas, buscándote entre la gente, persiguiendo tus huellas, y cuando te encuentre te hará entrega de mi palabra de amor. Si me doy prisa lo recibirás mañana a mediodía y podrás tomarlo a tiempo. No debe pasar mucho tiempo entre verso y verso ni espaciar demasiado las tomas pues cabe el peligro del olvido. Cada dosis refuerza la anterior y la fecunda con su abrazo lírico.

He llegado a casa al atardecer y tú ya estabas allí. No me dijiste nada, ni yo a ti tampoco. Pero por un segundo, por un instante, me ha parecido ver un beso de luz en tu mirada. En cama escucho tu respiración, te oigo dormir. Y oigo la lluvia. La escucho resbalar por el cristal, golpear los

tejados, las aceras...y la lluvia me duerme.

Para el tercer verso empleo la técnica, la ciencia, el dios de la tecnología. Viajaré por el aire, entre repetidores y antenas, embarcado por las ondas, orientado por satélites, descargado junto a politonos. Un aviso del móvil y en la pantalla recibes el siguiente mensaje: "Cultivando té verde entre tus senos estoy".

Así tomas tu medicina y ahora terminaré la primera estrofa. Con precisión y diligencia juego con las palabras, imitando el oficio del boticario con sus hierbas medicinales. Mezclándolas, triturándolas y moliéndolas en el mortero, añadiendo un poco de agua, ahora unas gotas de esencia. Agito la mezcla, la caliento a fuego lento.

Probándola. Maldiciéndola. Le falta algún ingrediente, alguna palabra que no encaja en la pócima y alguna otra de la que carece. Rebusco entre mis frascos, olfateo, quito de aquí y pongo allá. Vuelvo a templar a fuego más vivo, y por fin está listo: "Rizando trigo madurado al sol de tu vientre".

Traspaso la mezcla al papel, a una hoja reciclada hecha de árbol cortado y reutilizado. Ésta no lo depositaré a los pies de nuestra cama, sino en el interior de la lata de café. Mañana al despertar, desayunarás un verso descafeinado con dos cucharadas de azúcar. Mañana al desayunar, serás un poco más feliz.

Los versos y los días se suceden en el tiempo y en nuestra casa. Cada uno dice que te quiero Clara, cuando siento frío. Te esperan en los rincones más insospechados: en tu neceser de maquillaje, con carmín sobre el espejo, en la nevera junto a la leche, incluso dormitando en tu zapato izquierdo. Lluvia de versos que te buscan, que tú encuentras. Versos que hablan por mí, que hablan de ti. Y caen como la lluvia, mojando con su ritmo y olor: "Fecundando tu piel con legumbres de pasión".

"Fumigo tus muslos con mi deseo que aún late".

"Esparzo a los vientos semillas de tu rostro"...

Pero hoy no sale, no viene a mí. Lo busco, lo llamo pero no me contesta.

Después lo veo en la calle, paseando entre la gente, pero no me reconoce, sigue de largo. No es para mí, no es para ti. Busca a otro. Entonces me acuerdo de aquel poeta germano que aconsejaba rebuscar en la infancia, entre los fogones de la niñez, por los recodos infantiles de nuestra alma. Y vuelvo atrás en mi tiempo. Y busco. Allí surge el siguiente recuerdo casi olvidado: "De pequeño, cuando tenía no más de seis años,

se me metió la idea de que el niño Jesús dormía en mi cama. No sé si fue invención de mi mente infantil o si me lo contó algún adulto, pero lo cierto es que cada noche después de rezar, me acurrucaba sobre el mismo lado para dejarle sitio. Y muchas veces me apetecía dormir en su lado, pero no lo hacía. Y otras veces sentía molestias a media noche y deseaba girarme, pero no lo hacía; allí dormía alguien más. Claro que en muchas ocasiones despertaba sobre ese sitio, pero como era de forma inconsciente, sabía que Él me perdonaría pues no había sido mi culpa. Nunca se lo conté a nadie. Era un secreto entre los dos.” Un día crecí, y al crecer me di cuenta que aquello era una estupidez.

Seguramente Dios tendría sitios mejores donde dormir que mi pequeña cama, entre el desorden de mi habitación. Y dejé de dormir con Dios, o mejor dicho, dejé de dormir con su Hijo. Seguí creciendo a la madurez y a la vida. Y es ahora cuando sé que tenía razón. Jesús dormía conmigo. Estaba allí, estoy seguro, porque un niño le esperaba con toda su ilusión, con todas sus ganas. Pero hoy ya no tendría sitio en mi cama, en la nuestra. Ahora duermes tú conmigo. Y yo te quiero Clara, al dormir, te quiero así, entre mis sábanas. Y te quiero Clara, cuando siento calor. Allí, entre mi infancia y gracias al poeta, encuentro mi verso que es también el tuyo. Lo siembro en el bolsillo de tu abrigo de lluvia. Y siembro para recoger, para que mañana con riego y luz, brote entre tus manos: “¿No ves que nuestro amor duerme como el niño?” 7 Han pasado diez días de tratamiento con una decena de versos. Quedan cuatro dosis más, una última estrofa, pero ya observo cambios en ti. No sólo en ti, también en mí. Aún no me dices nada pero yo sé que tú lo sabes y tú sabes que yo lo sé. Cómplices en la lírica guardamos silencio, pacientemente, transformando nuestro interior, intentando salvar lo nuestro. Ahora llegas antes a casa, ahora te escucho cuando hablas.

Cancelamos las visitas al consejero matrimonial, planeamos cosas para hacer juntos...

No estamos del todo curados, pero es un comienzo, un buen síntoma, ¿no crees? Empiezo a sospechar que los versos no acabarán aquí, seguirán una vez que ya han empezado. Rimaré la prosa, estiraré el verso hasta hacerlo párrafo pero seguiré escribiendo así, a mi manera. Porque ya no lo hago sólo por ti, ni por mí. Escribo por todo aquello que no vive, por todo aquello que no nacerá. Escribiré por las calles, subido a lo andamios, entre las multitudes, con el silencio de los que no hablan. Y escribiré entre los blancos de los pasos peatonales, por los periódicos que ensucian la ciudad, en el óxido de las farolas grises, sobre las manos extendidas de los hambrientos, con la voz de los músicos de la calle. Escribiré para todos y para nadie. Con mis manos y con las tuyas, con las de mi madre y con las de la suya. No elegiré a quien escribir, escribiré mojando a todos como la lluvia, contagiando a quien se arrime como la gripe, apartando a quien sobre y estorbe. Y también lo haré sin más

motivo, porque te quiero Clara.

Ahora ya no busco los versos, ahora vienen en manadas, sólo tengo que seleccionarlos. Entre ellos se ha corrido la voz que un pobre loco los salva y los plasma en papel y todos quieren retratarse. Por eso ya he acabado la última estrofa. Tengo que entregarte este último beso lírico.

Reservo mesa en el restaurante caro de la esquina. Escojo del menú los platos que sé que te gustan, el vino que me gusta a mí. Yo de traje oscuro y tú de falda clara, ilusionados y cuidadosos procuramos recordar esencias del noviazgo. Antes de los postres, a una seña mía, el camarero te entrega una nota que abres y lees en silencio.

Después sonríes mientras yo me avergüenzo. Viertes este último verso en tu agenda. Lo haces tomándote tu tiempo, degustando cada letra, cada espacio, cada instante.

Alargando tu sonrisa me miras y comienzas a leer entre susurros:

En tu cadera anidó la alondra entre tus piernas subió el zarzal.

Cultivando té verde por tus senos estoy, rizando trigo madurado al sol de tu vientre.

Es todo tu cuerpo mi campo de trabajo, fecundando tu piel con legumbres de pasión.

Fumigo tus muslos con mi deseo, que aún late, esparzo a los vientos semillas de tu rostro.

¿No ves que nuestro amor duerme como el niño? esperando el germinar entre surcos de luz.

Protege su brote, recoge su esqueje y espérame.

Savia de saliva llueve de tu boca, regando mis labios con sequías de mujer.

Despertemos juntos a la siembra, la alondra ya anidó.

Y yo tiemblo mientras acabas de leer. Llegan los postres pero no los

tocamos.

Apresuradamente nos marchamos a casa, y sin tiempo en nuestra habitación nos besamos con ansiedad. Te quito la ropa. Tú la mía. Y hacemos el amor en nuestra cama, en nuestra habitación, con la lluvia de afuera llamando a nuestra ventana. Suspiros entrecortados con silencio de besos. Lloramos y nos conjuramos para luchar contra el desamor, contra la desidia. Nos dormimos en un abrazo de desnudez, en la calidez que regresa del amor pródigo.

Llega el nuevo día y de nuevo salgo con la noche en nuestra casa. Camino por la acera feliz, rememorando nuestra noche de caricias. No llueve, sólo caen unas ligeras gotas que no logro esquivar, así que decido abrir el paraguas. Entonces ocurre. Del paraguas se desprende una hoja. Y al abrirla abro un verso que me dice: "Rugen los mares con las voces de tu nombre".

Entonces sonrío porque sé que tú también me quieres Clara, cuando inspiras, cuando expiras, cuando respiras, cuando parpadeas, cuando sientes frío, cuando sientes calor, cuando escribes... ¡y me quieres hasta con tus intestinos!